

CUARENTA Y TRES GRADOS

Las noticias no dejaban de hablar de la ola de calor en el país —la más grande de los últimos años—. En esos momentos, el matinal en la televisión informaba una cifra récord para la tarde. María se tomó la cabeza con las manos y apretó los ojos para no llorar. Solo imaginar tener que caminar por la vereda hinchada de calor para llegar a la oficina, le parecía un suplicio.

—Estamos viviendo en el infierno —masculló mientras abandonaba la cama. Había tenido otra noche de insomnio, no recordaba cuantas. El cansancio le marcaba unas gruesas ojeras moradas. Hacía días que prefería no maquillarse, porque hasta la delgada capa de crema en la cara le brotaba la piel. A pesar de sus piernas bien torneadas y un cuerpo trabajado con sacrificio en el gimnasio, el espejo le devolvía una imagen de músculos lacios, vencidos por el calor, agregándole más años que los que ya tenía. Tampoco le resultaba ordenar su pelo alborotado con la humedad. El desánimo de iniciar otro día similar y el terror a desmayarse por deshidratación, aumentaba la angustia de María imaginando su cuerpo en una cama de hospital y nadie preguntando por ella. Tomó los dos primeros vasos de agua de los ocho que recomendaba la conductora del matinal. Sacó del closet el vestido floreado de lino con tirantes y las sandalias con terraplén. De ropa interior eligió una tanga y ningún corpiño. No aguantaba nada que la apretara. Pescó la cartera, los anteojos de sol, el botellón con agua y salió decidida a sobrevivir.

El recorrido a pie hasta la oficina era el mismo de siempre: dos cuadras desde la casa hasta el parque de la avenida Américo Vespucio, un trecho corto por el bandejón amplio de árboles recién plantados hasta la fuente de agua y en la esquina tomaba Francisco de Aguirre hasta llegar.

Esa mañana ya iba a ritmo lento cargando el cansancio acumulado. Cada tanto empinaba en su boca el botellón y secaba su cara con un pañuelo de papel que metía mojado en la cartera.

Al pasar por la fuente se detuvo unos segundos a mirar los chorros que emergían del agua y a la gorda de fierro al centro bailando en puntas de pie. Observó la espalda curva hacia atrás sujetando la cabeza con el mentón y la punta de la nariz apuntando el cielo. En ese instante, reparó en la actitud desfachatada de la escultura, burlándose de caminantes extenuados que, como ella, soportaban el paso de autos con carrocerías brillantes reflejando el fuego del sol, de ciclistas pedaleando apenas, de perros con la lengua afuera mientras ella, mojaba su cuerpo desnudo en éxtasis, capeando el calor. En ese instante, la boca de María apretó los labios a punto de reventar, hasta que dejó escapar su lengua envenenada de envidia, afilada como un cuchillo, lista a penetrar el abultado vientre de la gorda y dar muerte al desparpajo de su presencia.

Más tranquila, caminó resignada lo que le faltaba para llegar a la oficina y en la tarde regresó a su casa cargando sobre los hombros las horas espesas de trabajo afiebrado sin aire acondicionado. Mientras deshacía el camino de la mañana, iba maldiciendo el día, a sus compañeros, a las personas que pasaban a su lado, al perro que se le cruzaba por delante, al auto que tocaba bocina, a la moto que

aceleraba, a los árboles que no daban sombra... Con el pelo pegado al sombrero de paja, llegó a imaginar que los cuarenta y tres grados de temperatura de esa hora, harían jadear de sed hasta las flores del vestido de lino, igual como jadeaba ella. Sólo faltaban dos cuerdas, pero no soportó seguir torturando sus pies con las tiras incrustadas en el empeine. Descalza y a los saltos sobre el pavimento para evitar ampollas, iba repitiendo como un rezo:

—calor de mierda, calor de mierda...

Ya en su casa entró a la cocina y salió con un jarro de agua helada preparándose para resistir al enemigo durante la noche. En el dormitorio desparramó su cuerpo en la cama, sin vestido, sin apetito y sin ganas de moverse. Despertó al poco rato con el aire caliente asfixiándola contra el colchón. En un acto descontrolado arrancó la sábana, la sumergió bajo el chorro de agua fría en la tina del baño, la estrujó y se envolvió en ella para volver a desparramarse. El calor no soltaba la ciudad ni la cama de María. Se levantó enrollada en la sábana que la mantenía algo más fresca y caminó a tientas por la oscuridad de la casa, hasta lograr abrir la puerta y salir. A esa hora de la madrugada, el calor seguía deambulando por el silencio del barrio adormecido. Caminó por calles sin ruido de motores de auto, ni ladridos de perro, rodeada de casas con ventanas abiertas delatando el sueño anestesiado de sus habitantes, el sueño que ella no lograba conciliar. Llegó al parque de la avenida y acomodó la sábana a su cuerpo desnudo. Envuelta en ella llegó a la fuente y se sentó con los pies en el agua. Los semáforos de la esquina encendían y apagaban luces rojas, luces verdes. Los chorros de agua brotaban de la fuente en otro compás. La gorda desnuda seguía el ritmo de uno y otro en puntas de pie y María,

seducida por la espuma que la rodeaba, dejó caer la sábana, elevó los brazos al cielo y bailó hasta el amanecer.

Despertó en su cama. Miró la hora y corrió a vestirse. Con el pelo húmedo amarrado en la nuca, llegó al trabajo.

Antes de cruzar la avenida se detuvo un instante en la fuente. Con una sonrisa y un guiño de complicidad saludó a la gorda, esperó la luz verde del semáforo y siguió su camino por Francisco de Aguirre.

Sentada en el escritorio bebió el primer vaso de agua de los ocho diarios, que seguían aconsejando en la televisión.